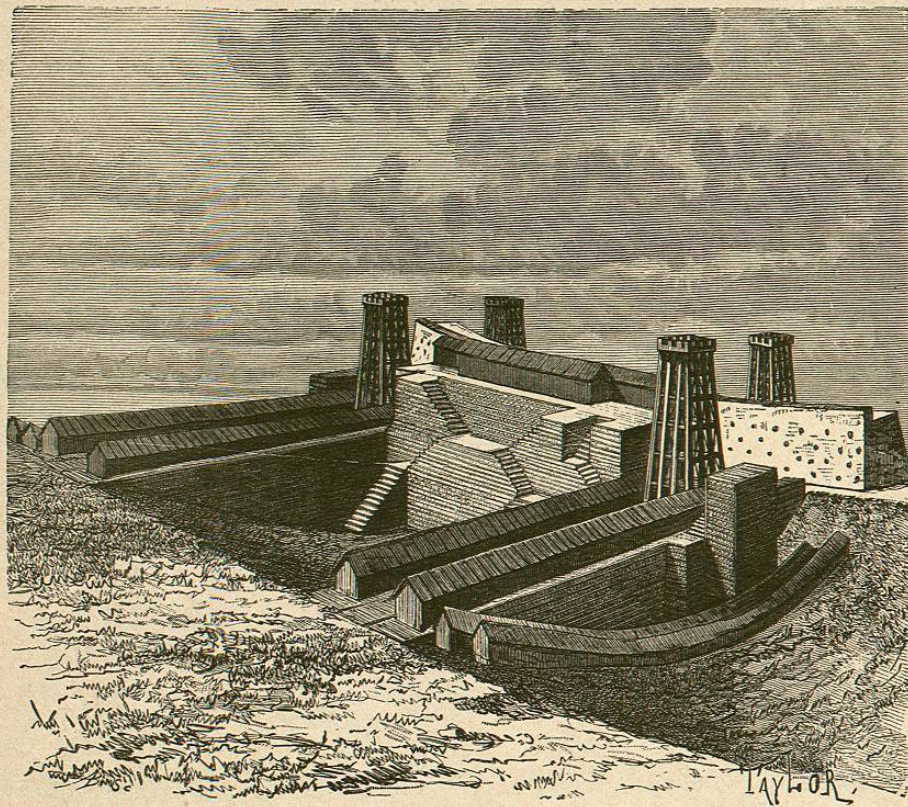


el concurso de los eduos, de quienes aquéllos eran clientes. Así cerraba el círculo que separaba á César de sus legiones.

Quedó esta vez sorprendido César. Tranquilizado por la aparente calma, en el seno de la que se preparaba la explosión inminente, había marchado á Italia, dejando sus tropas en el Norte, en el teatro de la última campaña. Comprendió en seguida que debía reunirse á ellas á toda costa. Si no sabía á punto fijo la fuerza de resistencia de los galos, conocía desde muy antiguo las causas de su debilidad. Sabía cómo podía romperse el

para acudir al lado de su ejército. Escoltado por unos pocos jinetes, remonta los valles del Ródano y del Saona, atraviesa á escape las comarcas de los eduos y lingones, y bien pronto aparece en las inmediaciones de Sens al frente de sus diez legiones, concentradas bajo su mando. El particularismo de los arvernios, justificando su cálculo, había aniquilado un plan que, de seguirse hasta el fin, podía haber traído la final expulsión de los romanos.

Vercingetórix volvió á sus antiguas posiciones. Sitió el ópido de Gorgobina (¿Saint-Parize-le-Châtel?, Nièvre)



Trabajos de aproche de los romanos. (Museo de Saint-Germain.) (1)

haz de sus fuerzas. Tan rápido en la concepción como en la acción, atraviesa los Alpes en pleno invierno, recoge sus depósitos, sus reclutas, refuerza las guarniciones de la provincia, salva los Cevenas por peligrosos atajos obstruidos por nieves y hielos, desemboca por el valle del Allier y cae, como el rayo, en el centro de Auvernia, desprovista de defensores. Vercingetórix tuvo que acudir al llamamiento de sus paisanos. Abandonándoles hubiese favorecido la causa de sus enemigos y trabajado en favor de los romanos en su mismo país. Durante toda la guerra fué causa principalísima de sus reveses verse obligado á pensar en otros intereses que los primordiales de la defensa general. Mientras retrocede hacia el Sur, César esquiva el combate. Su ataque no fué sino una estratagemma. Ahora tenía ya una brecha

(1) El dibujo representa una parte de muro galo en que las piedras están mezcladas con vigas; en este muro los sitiados han levantado dos torres para batir las de los sitiadores, las cuales dominan la muralla, á fin de ahuyentar á sus defensores á flecha y piedra. Las galerías cubiertas, *vineae*, avanzan hasta á raíz de la muralla para que los soldados hagan brecha sin peligro.

que dependía de los eduos. Pero no pudo ni tomar aquella plaza ni impedir que César penetrara en las de Vellaunodunum en territorio de los senones, Genabum (Orleáns) en el de los carnutos, Noviodunum (¿Sancerre?) en el de los bitúrigos. Sufrió bajo las murallas de Noviodunum una grave derrota, y convencido de que no conseguiría vencer al enemigo en una batalla campal, adoptó nueva táctica. En un solo día veinte pueblos de los bitúrigos ardieron. César avanzaba por entre aquella devastación, sin poder aprovisionarse, mientras los galos, alimentados por los pueblos vecinos, nadaban en la abundancia. Si tal plan se hubiese seguido hasta el fin, el ejército romano perecía. Hubiera debido morir en sus posiciones ó dispersarse y perecer en detalle. Pero también esta vez las consideraciones militares cedieron ante razones y necesidades políticas.

Una ciudad permanecía en pie, Avaricum (Bourges), la mejor de la Galia. Los bitúrigos, cuya capital era, rogaron á Vercingetórix que no la destruyera. El galo consintió. El sacrificio era harto penoso para aquellos recientes aliados. Como antes entre los arvernios, temió

un cambio de la opinión, un descontento envenenado y explotado por las intrigas de la facción contraria. Bien sabía él que aún existía. Por el más fútil motivo se le acusaba de traición en su propio campamento, por sus mismos soldados. Los habitantes de Avaricum



Moneda de Camulógenes, jefe de los aulercios

habían prometido resistir con energía. Cumplieron su palabra. Una obra gigantesca amenazaba el punto débil de la ciudad. Los sitiados le pegaron fuego. Para atizar el incendio que los romanos se esforzaban por extinguir, pasaban de mano en mano bolas de pez que el último de la cadena lanzaba al brasero. Pero apenas aparecía en la muralla, las flechas le derribaban. Otro ocupaba su sitio, que no quedó desamparado ni un instante. Tanto valor no impidió, sin embargo, que la falta cometida diera sus naturales frutos. César aprovechó una tempestad, que hizo descuidar la vigilancia, para penetrar en la plaza, apoderándose de ella después de una espantosa carnicería. Encontró provisiones abundantes con las cuales rehizo á su ejército extenuado.

Aquello era una victoria, pero no decisiva. Quiso completarla aniquilando la rebelión en su centro. Mientras enviaba á su teniente Labieno á sofocar la rebelión del Norte, se dirigió con el grueso de su ejército al país de los arvernios y puso sitio á Gergovia, su principal ópido, situado á seis kilómetros al Sur de Clermont, en una meseta que ha conservado su nombre hasta nuestros días. Fué uno de los principales episodios de la campaña. Vercingetórix se reveló buen capitán. No se inmovilizó en la plaza, como desgraciadamente lo hizo algunos meses después en Alesia. Se situó en las alturas vecinas, guardando comunicación con los sitiados, y molestó á los sitiadores por diarias acometidas, algunas de las cuales fueron victorias. César, para terminar pronto, ordenó el asalto, que fué rechazado. El caso era grave. En sus *Comentarios* procura en vano disminuir su gravedad. A través de sus reticencias se adivina y la confiesan otros historiadores. Su propia persona estuvo en riesgo y á pique de caer en manos del enemigo. Dos siglos después los arvernios mostraban aún con justo orgullo la espada que perdió en la derrota y que guardaban como un trofeo. Se retiró velozmente, con tanto mayor motivo cuanto que recibía malas noticias de otros puntos de la Galia.

Hacia ya algún tiempo que desconfiaba de los eduos. Nada habían hecho, al principio de la campaña, para mantener á los bitúrigos en la obediencia, y recientemente, en el sitio de Gergovia, su propio contingente intentó pasar á las filas de los arvernios. Cuando supieron que los romanos habían sido vencidos, el partido de la guerra triunfó. Vercingetórix acudió á Bibractis y convocó á los diputados de todas las ciudades galas. La defección de aquel pueblo poderoso y que tan fiel se mostrara á los romanos era de capital importancia. Probaba que el prestigio de Roma se debilitaba y ponía

á César en grave apuro. La defección de los eduos trajo, como de la mano, la de los secuanos. Por segunda vez y de un modo más completo que la primera, el ejército de Roma estaba cortado en dos. César en el Sur y Labieno en el Norte estaban separados como por una muralla desde el Océano hasta el Jura y rodeados ambos de un círculo de enemigos. Los lingones, los treverios, los remos, hubiesen podido auxiliar á Labieno, pues fueron los únicos que no figuraron en el congreso de Bibractis; pero su fidelidad distaba mucho de ser efectiva. Antes se mostraban indiferentes, y por parte de los remos y de los lingones esta benevolencia resultaba ineficaz.

La actividad de Vercingetórix no fué bastante grande. Ante todo hubiera debido oponerse á la unión de los dos ejércitos romanos. Permitió que César atravesara de nuevo el Loira y que Labieno se uniera á él al Sur del Sena.

Mientras sostenía César el sitio de Gergovia, Labieno se halló frente á frente con los destacamentos mandados por el aulercio Camulógenes. Tenía orden de ocupar Lutecia, capital de los parisienses, limitada entonces á la isla de la Cité, posición excelente, interme-

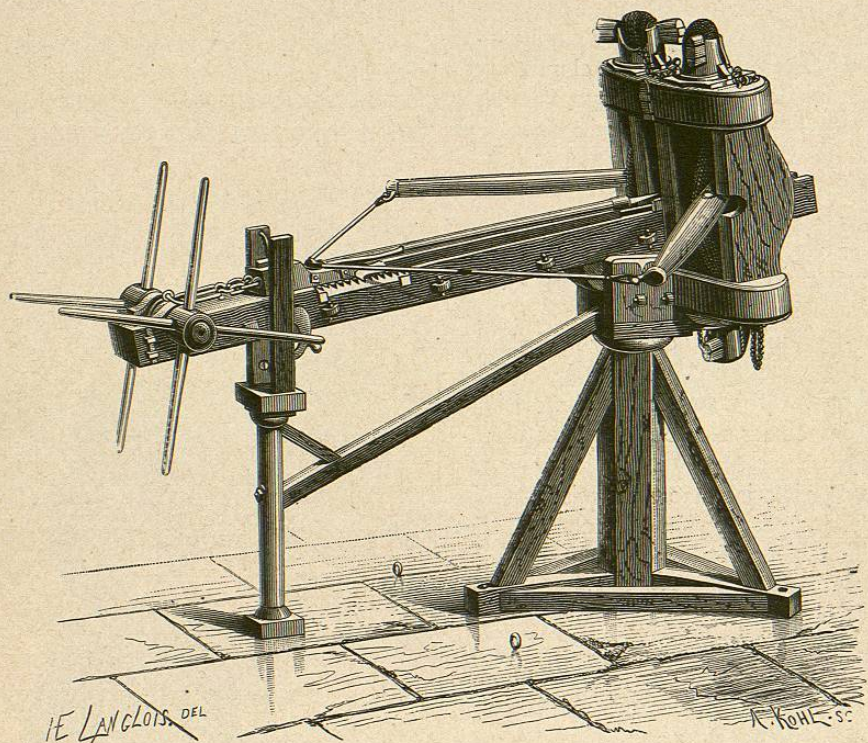


Estatua de Vercingetórix en Alise-Sainte-Reine (Restauración por Millet)

dia entre el Belgio y la Céltica y de fácil defensa, donde podía esperar socorros. Salió con cuatro legiones de la ciudad de Agedincum (Sens) y siguió la orilla izquierda del Sena hasta los pantanos del Essonne, junto á Corbeil, para pasar por allí el río. Habiendo fracasado

dó esta tentativa, Labieno retrocedió hasta Melodunum (Melun), de la que se apoderó; pasó á la margen derecha, acampando frente á Lutecia, en el punto donde ahora se levanta el barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois. Esperaba ganar en rapidez al enemigo; pero al llegar á los puentes rotos hallóse con que la ciudad estaba incendiada y Camulógenes apostado en las laderas de la montaña de Santa Genoveva. Entonces supo las noticias del desastre de César en Gergovia y la defección de los eduos. Se veía cogido, sin esperanza de socorro, entre los belgas, que empezaban á agitarse, y

tomó otro más largo, pero más seguro. Debía llevarle, por la frontera meridional de los lingones, á un país amigo, el de los secuanos. Este pueblo se había adherido al movimiento de rebelión, pero sin entusiasmo. Así podría llegar hasta la comarca de los alobroges, cuya fidelidad no había vacilado un punto, á pesar de los ofrecimientos de Vercingetórix y de las rebeliones anteriores, quizá precisamente por las decepciones que produjeron. Una vez dentro de los límites de la dominación romana, le sería fácil rechazar las incursiones contra la frontera del Oeste, completar sus efectivos y



Catapulta, restauración. (Museo de Saint-Germain.)

los parisienses, los senones, los carnutos y los aulercios, que le acechaban por el otro lado. No tuvo sino un pensamiento: reunirse cuanto antes con el resto del ejército. Lo más difícil era burlar la vigilancia de los galos para pasar á la margen opuesta. Lo alcanzó por medio de hábiles maniobras para dividir sus fuerzas; pasó por sorpresa, de noche, cerca del Point-du-Jour, y al día siguiente desplegó sus fuerzas en la llanura de Grenelle. Camulógenes, que en vano le había buscado en otros puntos, no tenía en aquél sino escasas fuerzas que oponerle. Pero cumpliendo hasta el fin con su deber, le opuso tenaz resistencia y pereció combatiendo como la mayoría de sus soldados. Algunos días después Labieno estaba de vuelta á Sens, donde había dejado su impedimenta, y se reunía á su general en el valle del Yonne.

Muy comprometida era, sin embargo, la situación de César. Estaba incomunicado con la Provincia, precisamente cuando empezaba á preocuparle la agitación que se notaba en ella. Los arvernios y gabalos habían atacado á los helvios, los rutenios y cadurcos á los volcos arecomicos. Numerosos emisarios soliviantaban á los alobroges. Optó por la retirada. En vez del camino más directo, que pasaba por territorio de los eduos,

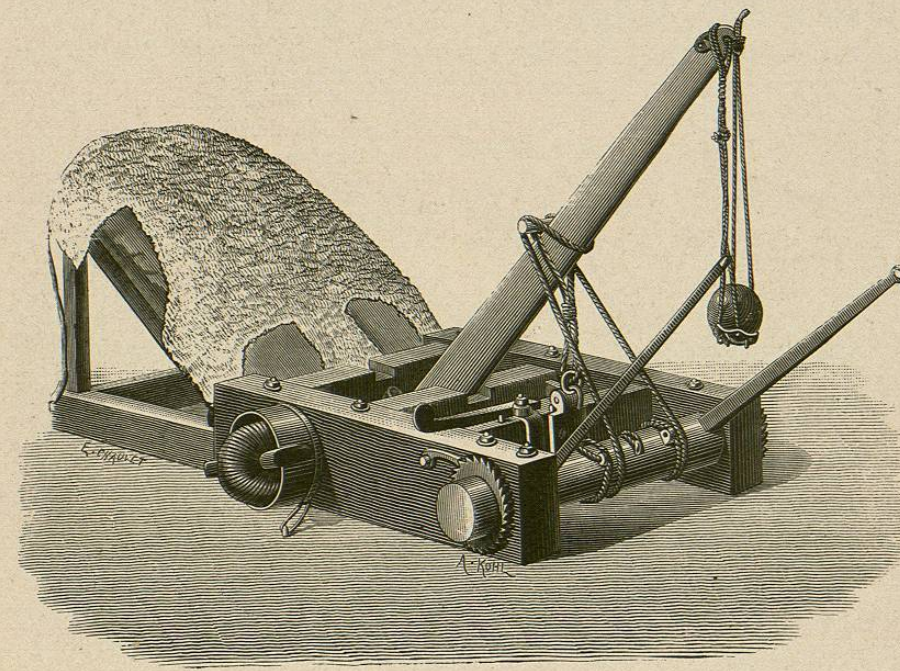
esperar circunstancias favorables para emprender de nuevo la ofensiva.

El caudillo galo había vuelto á su sistema expectante, á la guerra de guerrillas. Su intención era hacerla durar hasta el invierno, cuyos rigores juzgaba que habían de ser funestos para el ejército romano. ¿Cómo renunció á tal plan apenas hubo acabado de adoptarlo? Los *Comentarios*, que no abundan en detalles, dejan sin explicar tal punto. Lo que únicamente dicen es que Vercingetórix quiso aprovechar las dificultades con que tropezaba César en su marcha, para acabar la guerra de un solo golpe. Disponía de inmejorables jinetes desde que se habían alistado los aristócratas en sus filas. Con ellos pensaba desbaratar á las legiones, embarazadas por innumerables bagajes. Pero César, por su parte, había reclutado caballería entre los germanos. La batalla sostenida á orillas de un río, que debe ser el Armançon ó el Vingeanne, acabó con la derrota de los galos.

Debe ponerse de manifiesto la actitud de los jefes de la aristocracia edua. No eran muy desinteresados los móviles que les indujeron á rebelarse. Si los arvernios libertaban á la Galia del yugo romano, indudablemente adquirirían una supremacía que no era del gusto

de los eduos, cuyo país quedaría relegado en segundo término. Declarándose contra Roma, les animaba la esperanza de que, por precio de su conversión, se les otorgaría la dirección de la guerra. Creíanse y proclamábanse «nacidos para el imperio.» Grande fué su decepción cuando el congreso de Bibracto rechazó sus pretensiones y confirmó el mando y dirección al más digno de ellos. Desde entonces sólo pensaron en obtener el perdón de César. Su sorda oposición encontró hartos cómplices entre las otras fracciones de la aristocracia gala; pues aun cuando en masa la arrastraba la corriente, ardía en deseos de remontarla. Aquellos manejos influyeron en las resoluciones de Vercingetó-

cometido tan delicado é importante. No podía ocultársele, sin embargo, que aquella empresa era la que mayores dificultades militares y políticas entrañaba, y que sólo él era capaz de llevarla á feliz término, pues no había otro que tuviera la autoridad necesaria para mantener la cohesión de tantos elementos que pugnaban por disgregarse. La razón de su presencia en Alesia era la presión que sobre él ejercía la opinión pública. Su popularidad era su única arma, y se exponía á perderla si evitaba en apariencia el sitio del peligro, y no quería exponerse á caer con sus soldados en manos de sus vencedores. Contentóse, pues, con dirigir á la Galia, por medio de sus emisarios, exhortaciones cuyos paté-



Balista, restauración. (Museo de Saint-Germain.)

rix. No puede afirmarse que le obligaran á librar batalla contra los romanos, que en un combate de tal naturaleza debían conservar la ventaja de su organización y disciplina; pero no puede explicarse por otras causas la grave falta que fué consecuencia de aquella batalla y que decidió del éxito de la campaña.

El ejército galo derrotado se refugió en el ópido de Alesia, en territorio de los mandubios, en el departamento de la Costa de Oro, en lo alto de la colina que hoy se llama Mont-Auxois, sobre la aldea de Alise-Sainte-Reine. Volvía á empezar la guerra de sitios, y el de Gergovia patentizaba que podía resultar favorable con tal de seguir el método que ya una vez se empleó con éxito: permanecer junto á la ciudad sitiada, sin encerrarse en ella, para sostenerla y socorrerla, y abandonarla luego si caía en poder del enemigo. Se comprende que Vercingetórix al día siguiente de la derrota abrigara sus tropas cansadas dentro de los muros de la ciudad en lugar de acamparlas en las alturas cercanas; pero lo que no parece tan natural es que algunos días más tarde, antes de que el bloqueo fuera completo, mandara á sus jinetes á reclutar gente por toda la Galia á fin de reunir un ejército de socorro, y permaneciera encerrado en la plaza confiando á otros un

tics acentos aún nos conmueven á través del resumen que de ellas nos hace César, y no pensó sino en defenderse contra los trabajos en que desplegaban toda su ciencia los ingenieros romanos.

Fué el de Alesia un bloqueo más bien que un sitio. César removió enormes masas de tierra, no tanto para atacar como para defenderse, así de los ataques de los sitiados como de los asaltos de los enemigos del exterior. Esperaba que el hambre sería su auxiliar más poderoso. Aun cuando Vercingetórix no tenía, ni con mucho, los 80.000 hombres de que hablan los *Comentarios*, los víveres se habían acabado á los treinta ó cuarenta días, y ya el arvernio Critognato, evocando los atroces recuerdos de la guerra de los cimbro, proponía comer carne humana cuando llegó el ejército de auxilio.

Era muy numeroso; pero por falta de dirección estaba destinado á un fracaso inevitable. Los eduos no se atrevieron á arrogarse el mando exclusivo; pero consiguieron dividirlo entre el arvernio Vercasivellauno y el atrebat Commo, ambos animados de un ardiente odio contra los extranjeros, y los dos principales representantes de su nobleza, Eporedórix y Viridomaro, hombres sin fe ni ley, traidores á la causa de los galos como antes lo fueron á la de los romanos. Aquellos cuatro

generales dependían de un consejo de guerra, compuestos de los diputados de las ciudades. Sucedió lo que era de prever: el ataque, mal combinado y ejecutado con evidente flojedad por parte de algunos jefes, fracasó por tres veces, á pesar de la valentía de los soldados. Pudo notarse la inacción de Eporedórix y de Viridomaro, mientras Vercasivellauno realizaba esfuerzos desesperados. Tres días de combates desgraciados, aun cuando no todas las fuerzas combatieron, bastaron para que se juzgara perdida sin remedio la partida, y aquella

52 muchedumbre armada, en lugar de reorganizarse en cualquier punto para emprender de nuevo la lucha, se dispersó en todas direcciones (septiembre del 52).

Cuando Vercingetórix vió desaparecer el ejército en que fundaba su última esperanza, convocó á sus compañeros y les ofreció inmolarse como una víctima expiatoria, bien recibiendo la muerte de manos de ellos para aplacar la cólera de los romanos, bien entregándose vivo á la venganza de éstos. César nada dice de cómo se acogió tal proposición. Relata únicamente que cuando llegaron emisarios para tratar de la rendición, exigió la entrega de las armas y de los jefes. Tampoco explica nada de lo que ocurrió entre él y el glorioso vencido. Otros historiadores cuentan la escena de distintas maneras. Plutarco afirma que Vercingetórix acudió montado en su caballo de batalla, con su traje más espléndido; que llegó á galope hasta el tribunal de César, depuso sus armas y se sentó luego, sin despegar los labios, á sus pies. Según Dión Casio, se presentó en actitud suplicante, invocando una antigua amistad. Asegura Floro que sólo pronunció estas palabras: «Tienes en tu presencia á un valiente, tú que eres el más bravo de los hombres.» Fué llevado á Roma y echado en un calabozo, donde permaneció seis años. Se le sacó de él en 46 para que figurara en el cortejo triunfal de su vencedor, convertido en dueño del mundo, y después se le decapitó.

La toma de Alesia señala, no el fin de la resistencia, pero sí la pérdida de la patria gala. La campaña del 51 se parece á las del 57, 56 y 55. Fué una serie de expediciones locales. Los eduos y arvernios habían depuesto las armas. Sin embargo, permanecían aún en pie algunas ciudades y contaban vencer, después del fracaso de las luchas campales, gracias á la dispersión de fuerzas á que obligarían al enemigo con sus esfuerzos parciales y simultáneos. César, con su actividad habitual, acudió á todas partes.

Bitúrigos y carnutos quedaron sometidos en pleno invierno, en breve espacio. Los belovacos, á quienes se unieran los ambianos, los aulercios, los caletes, los velocacos, los atrebatas, se rindieron después de una batalla. Para dominar á los eburones, entre los cuales había reaparecido Ambiórix, bastó entrar á sangre y fuego en su territorio. El andecavo Dumnaco, que sitiaba en la ciudad de Limonum (Poitiers) al pictón Duracio, fiel á los romanos, fué derrotado con todo su ejército. Los restos se refugiaron en la ciudad de Uxellodunum (el Puy d'Issolu), ópido de los cadurcos. Allí estaban el jefe de esta nación, Lucterio, y el senón Drappés. Resistieron con heroísmo y fué aquel el último glorioso combate de la guerra. Los sitiadores acabaron con la resistencia cortando el agua que alimentaba la plaza.

Pero el ejemplo dado por aquellos hombres era peligroso. César no podía perder tiempo. Su mando tocaba á su término y la guerra civil era inminente en Italia. Para prevenir por medio del terror toda resistencia parecida, mandó cortar una mano á los prisioneros, dejándoles la vida, para que fuesen ejemplos vivientes del castigo reservado á sus imitadores. Aquella medida abominable, que procura cohonestar pretextando la necesidad que le obligó á tomarla, produjo el efecto deseado, y al año siguiente pudo con toda seguridad repasar los Alpes (50).

III.—Caracteres y efectos de la conquista (1)

Fué sometida la Galia por un ejército que no contó nunca más de once legiones, es decir, que no rebasó jamás, contando con los cuerpos auxiliares, la cifra de setenta mil combatientes y que casi siempre fué menos numeroso. Sucumbió en ocho años, ó por mejor decir, en cinco campañas, pues es justo descartar las que se dirigieron contra los helvecios, germanos y bretones. La corta duración de esta guerra sorprendió á los antiguos. Comparan esta conquista á la de España, que costó unos doscientos años. Estrabón, que hace resaltar tal contraste, explica las causas de él. Comprendió perfectamente la índole de la resistencia de los galos. En vez de fraccionarse hasta lo infinito, como la de los españoles, se concentró muy pronto y fué no menos enérgica, pero sí mucho más fácil de vencer de un solo golpe. El destino futuro de ambas naciones quedaba así como escrito, por adelantado, en la primera página de sus respectivas historias.

Sorprende y admira la pronta resignación de los galos, su docilidad después de la derrota. El principal autor de aquel cambio fué el propio César. Poseía todas las cualidades que pueden seducir á un pueblo brillante y poco reflexivo, la gracia, el encanto personal, el prestigio del genio y de la gloria. Durante muchos meses recorrió las ciudades, tranquilizando á los timoratos, desarmando odios, no escatimando nada para atraerse partidarios y colmando á éstos de dones y mercedes. Tal política produjo sus naturales frutos cuando estalló la guerra civil. La Galia se declaró en favor de su vencedor. Le había proporcionado soldados contra sí misma y con mayor motivo se los ofreció para la conquista de Roma y del mundo. El Sudoeste y el Centro enviaron sus infantes, sus arqueros; el Norte su caballería. Con aquellos cuerpos ó con algunos de ellos formó más tarde aquella legión de los alondras, nombre que recordaba un pájaro muy querido de los celtas. Los viejos romanos se indignaban y acusábanle de guiar á los vencidos de Alesia á una nueva batalla de Allia.

El impulso dado por César no acabó con su muerte. Cien años más tarde el emperador Claudio se expresaba así ante el Senado: «Nunca, desde que fué domada por el divino Julio, se ha desmentido la fidelidad de la Galia; jamás, ni aun en las más críticas circunstancias, ha vacilado su adhesión.» No todo se debe, pues, á la

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Barthélemy, *Les libérés gauloises sous la domination romaine de l'an 50 à 27 av. J. C.* «Revue des questions historiques,» 1872. Fustel de Coulanges, *La Gaule romaine.*



JULIO CÉSAR

(Estatua colosal del Museo de Nápoles)